

DIÁLOGO SOBRE LA ALTERCACIÓN ENTRE LA IGLESIA Y LA SINAGOGA

Parece que he asumido ante ustedes, jueces, la causa de dos matronas: cada una de ellas se desplegará con grandes argumentos, para que lo que la verdad, solicitada por su juicio, determine, una de las dos lo observe. Por eso, en esta asamblea suya, recito la ley, presento las tablas. Que se actúe conforme a la ley, porque la disputa es sobre la posesión: y no me detendré en revisar las sentencias con sanción imperial, para que lo que el orden de la verdad haya discernido, se promulgue según la ley dada divinamente por la sentencia de su asamblea. Una, en ciertos tiempos sorprendida en adulterio, había violado los derechos de nuestra posesión con una usurpación prematura; la otra, por el mérito de su castidad, por sentencia del donante, había privado a aquella que parece haber sido expulsada de sus oídos, de algunas cosas en el mundo mediante fraude clandestino: se le obliga a devolver diariamente; y aún debe lo que había devuelto. Pues todo lo que había defendido de la posesión, lo repudiamos. Así que si quieren escuchar el rostro de la causa, el frente de la parábola: las naciones, nuestra herencia, posesión y los límites de la tierra que nos fueron concedidos por derecho augustal, la poderosa y rica en oro mujer Sinagoga usurpó. Inmediatamente suplicamos, mantenemos las súplicas en nuestras manos, la introducción del terreno fue inmediata, la posesión obtenida consiste en nuestro derecho. Sin embargo, no queremos devolver lo que la inquieta mujer usurpó de los ornamentos. Cuando se le pidió que devolviera, pagó más lentamente de lo que debía. Ahora, pues, a esta madre de familia y viuda, nuestra madre de familia, es decir, a la Sinagoga,

LA IGLESIA dijo: Recita lo que mereciste, y yo recitaré lo que merecí.

LA SINAGOGA respondió: Todos los profetas vinieron a mí, lo cual no podrás negar.

LA IGLESIA dijo: Es cierto que los profetas, cuando vinieron a ti, se detuvieron por un tiempo como en casa de una huésped: pues pruebo que esos mismos jóvenes mensajeros de mi esposo, es decir, portadores de las letras de Cristo, incluso portadores de mandatos, fueron asesinados por ti por causa de la envidia. ¿Acaso si hubieran venido a ti, alguno de ellos podría haber sido asesinado por ti? Pero como venían a mí, no soportabas recibir a mis hombres por causa de los celos, y los atacaste con espada y bastones.

LA SINAGOGA respondió: Incluso si hice lo que afirmas,iqué recta y honestamente: porque yo conocía al rey, cuyas cartas frecuentemente recibía: y tú eras buscada en el bosque, que al estilo de los bárbaros, en el campo, en las colinas, habitabas en una cabaña agreste y secreta. Pues, ¿qué fue alguna vez más rústico que tú? Tú, con las naciones, con las que yo a menudo luché, seguías, creo, rebaños balantes al estilo pastoral: yo, sostenida por el cetro y las legiones, reinaba en Jerusalén con púrpura; yo poseía el imperio romano; yo maté reyes, soldados y líderes de naciones extranjeras: a mí el persa y el indio trajeron oro, gemas, marfil, plata y seda, y todas las riquezas: tú, montañosa, rústica, apta para los rebaños; tú, preocupada, solo te movías en los valles profundos; tú, en la vasta roca más densa, donde la piedra agrietada te proporcionaba un refugio temeroso, comías leche de queso, arándanos con bellotas: yo maté a Faraón en sus carros, yo a los egipcios, yo a los cananeos, jebuseos, y reyes heteos y ferezeos.

LA IGLESIA dijo: Reconozco lo que dices, y no puedo negar tus alabanzas. Sé que viste los foros ambiciosos de tu ciudad y los altos capitolios: la impresión de tus armas, y las señales de los escudos resplandecientes, lanzas, espadas, dardos de armas arrojadas, el gemido expresado de los ejércitos ecuestres, derribaron a grandes ornatos, líderes y tiranos. Conozco tu poder, que Jerusalén exhalaba con pomposo orgullo. Sé que una vez el mundo romano

tembló ante ti, y la tierra de las naciones palpitó. Pero debes recordar lo que hiciste en Siquem por una sola mujer, Dina: devastaste a hombres indefensos, y brillantes en el honor de su inocencia, al estilo de los ladrones (Gén. XXXIV, 26).

LA SINAGOGA respondió: El poder del reino recibió la audacia de la libertad permitida. ¿Acaso crees que pequé en eso, si bajo mi imperio manché a quienes quise, o tal vez maté a mis rebeldes? Quien dio el poder de reinar, ciertamente concedió a la dignidad hacer lo que quisiera. O dime: si no tiene ley quien reina con su propio imperio, y quien posee todo, es necesario que extienda el poder del reino a donde quiera.

LA IGLESIA dijo: Me alegro de haber sido elevada, porque he sido hecha más alta que las alturas, y he derribado los reinos de los que reinan: y he aquí que bajo mis pies te encuentras, una vez reina vestida de púrpura. Porque él es el rey de reyes, quien comenzó a gobernar a aquella que alguna vez se vio a sí misma reinando. Reinaste, lo admito: la tierra romana te estaba sujeta, reyes y príncipes cayeron; y si alguna vez luchaste, el enemigo cautivo sucumbió. No te enojas, si tú, que fuiste señora, pareces haber sido hecha mi sierva.

LA SINAGOGA respondió: Ya que te has declarado con tanto elogio, prueba que soy sierva, y reconozco que eres señora.

LA IGLESIA dijo: Tengo las tablas, recito el testamento, que tu antiguo escriba profeta escribió, y Aarón, presente en el magistrado, firmó.

LA SINAGOGA respondió: Sé que el Testamento fue escrito bajo mi reino, pero quiero saber dónde el dictador del volumen mandó que yo sirviera.

LA IGLESIA dijo: Lee lo que se dijo a Rebeca cuando dio a luz: "Dos naciones hay en tu seno, y dos pueblos se dividirán de tu vientre, y un pueblo superará al otro, y el mayor servirá al menor" (Gén. XXV, 23). Ciertamente dijiste hace poco que reinaste, triunfaste, sostuviste el cetro, poseíste la púrpura; que yo, pequeña, me escondía en los valles o habitaba en las colinas de las rocas: que tú brillabas con oro, ornamento, lino fino, seda, gemas nobles; que yo, menor, vivía de la leche de los rebaños. Yo tenía ovejas y ganado, tú poseías soldados. De ahí que yo, menor y más pobre, tú, mayor y rica, sometida a mí, elijas servir al pueblo menor.

LA SINAGOGA respondió: Reconozco el título del Testamento, veo las letras que guardé en mi tesoro y en la biblioteca. Pero dime, ¿cómo te sirvo, si aún reconozco que mis hijos son libres? Están libres para sus negocios, tienen libertad para navegar, no conocen grilletes, nadie despoja la viña con la necesidad laboriosa de cavar, no sé si estoy sujeta a tu servidumbre.

LA IGLESIA dijo: Recuerdas el Testamento, reconoces los caracteres, ¡y aún no aceptas la servidumbre!

LA SINAGOGA respondió: Dime lo que afirmas. Reconozco a Moisés, escucho, y no puedo rechazarlo: pero no sé cómo te sirvo.

LA IGLESIA dijo: No puedes cambiar; siempre niegas y engañas, siempre disputas con falsedad. Ciertamente dijiste antes que reinaste, cuando el pueblo de Israel ocupó el lugar del imperio. Si aún reinas, reconóctete libre, y no aún sujeta a mi servidumbre. De lo contrario, si el pueblo cristiano de Israel reina correctamente, es evidente que eres sierva, no libre, a quien veo sujeta a la servidumbre. Mira las señales en las legiones, contempla el nombre del Salvador, observa a los emperadores cristianos, y considera que has sido expulsada del reino:

y confiéсанos según la fe del Testamento que guardas: me pagas tributo, no accedes al imperio, no puedes tener prefectura. No se permite que un judío sea Conde; se te prohíbe entrar al senado; no conoces la prefectura; no se te admite en el ejército; no tocas las mesas de los ricos; perdiste el orden de los carismas: no se te permite todo; a quien incluso para comer, para que vivieras mal, te concedemos poco. Por lo tanto, si careciste de lo que es supremo, de lo que es primero, lee lo que se dijo a Rebeca cuando dio a luz gemelos: "Dos naciones hay en tu seno, y dos pueblos se dividirán de tu vientre, y un pueblo superará al otro, y el mayor servirá al menor."

LA SINAGOGA respondió: ¿Qué hice, entonces, para que la divinidad me expulsara del reino y me privara del imperio?

LA IGLESIA dijo: Si pecaste gravemente, que tan grave pena de servidumbre bajo la destrucción de la muerte debida, ni puedes ser sierva, ni libre. Pues cuando Moisés primero recibió en el monte Sinaí las tablas dobles grabadas con el decálogo, ustedes pidieron ídolos contra Dios, diciendo a Aarón: "Haznos dioses que nos precedan" (Éxodo XXXII, 1).

LA SINAGOGA respondió: Aquí reconozco que erré miserablemente: pero pronto aquellos que pidieron ídolos fueron alcanzados por la destrucción hasta la última muerte de condenación. ¿Qué hicieron, entonces, los descendientes, si pronto aquellos ancianos que cometieron esto recibieron el mérito de su castigo?

LA IGLESIA dijo: Estoy segura de que leíste: pero no podrás retener lo que leíste, y lo reconozco. Pero recuerda lo escrito, "Y anunciarán a los hijos de sus hijos, porque los pecados de sus padres crecieron en los hijos, y no los perdonaré, dice el Señor" (Jeremías XXXII, 29). Y en otro lugar dice, "Los padres comieron uvas agrias, y los dientes de los hijos se embotaron" (Ezequiel XVIII, 2).

LA SINAGOGA respondió: En lo que te jactas, bajo cuyo reino tienes el imperio, primero a mí, o en mi pueblo, vino Cristo.

LA IGLESIA dijo: Así era digno, que todo lo que debía ser establecido, la divina sabiduría lo precediera. Pues si Cristo hubiera venido principalmente a mí, y hubiera querido repudiarte bajo el mismo advenimiento de la primera natividad, hoy dirías, No vino a mí, no supe qué adorar; pues si hubiera accedido a mi pueblo, a quien los profetas dijeron que era Dios, lo confesaría. Vino a ti, resucitó a tus muertos con el poder de las virtudes, hizo hablar a los mudos, devolvió el andar a los cojos, dio vista a los ciegos, liberó a los paralíticos con miembros sueltos, restauró a los leprosos a la salud: y dijiste con mente profana que no era Dios, a quien leíste que era Dios. Por eso, porque dijiste que el Salvador y Señor vino primero a ti, lo recuerdo, y nuevamente contiendo con tu elogio. Lee lo que Esdras escribió de la persona del Salvador: "Vine a los míos, y los míos no me recibieron. ¿Qué te haré, Jacob? No quiso escucharme Judá, me trasladaré a otra nación" (IV Esdras I, 24). Por lo que ves que no debes gloriarte de haber visto a Cristo. Pues mayor es la causa del crimen ver a quien sirves, y despreciar a quien debes servidumbre. Tal vez te defenderías si dijeras, No conocí al Señor, no supe que los profetas mentían. Sin embargo, tanto los profetas dijeron, como al mismo Señor que los profetas cantaron, con sus maravillas lo reconociste, y con una miserable refutación blasfemaste: ves que no puedes excusarte bajo la acusación de tan gran crimen.

LA SINAGOGA respondió: Ciertamente los profetas dijeron que vendría, pero ungido de Dios, pero un niño santo de una virgen. Por lo que si él mismo quería venir como Señor, lo ignoraba por completo.

LA IGLESIA dijo: Correctamente, pues, Isaías dice, "Ve y di a este pueblo, De oído oiréis, y no entenderéis; y viendo veréis, y no conoceréis. Porque el corazón de este pueblo se ha engrosado, y con los oídos han oído pesadamente, y han cerrado sus ojos, para que no vean con los ojos, y oigan con los oídos, y entiendan con el corazón, y se conviertan, y yo los sane" (Isaías VI, 9). Pues también Jeremías dice, "Me dejaron a mí, fuente de agua viva, cavaron para sí cisternas rotas, que no pueden contener agua" (Jeremías II, 13). ¿Y qué añadió el mismo profeta? "El milano conoció su tiempo; la tórtola y la golondrina, las grullas, los gorriones guardaron los tiempos de su entrada: pero mi pueblo no me conoció" (Id. VIII, 7). Pues también en Salomón creo que leíste, quien dice, "Me buscarán los malos, y no me hallarán: porque aborrecieron la sabiduría, y no recibieron la palabra del Señor" (Proverbios I, 28, 29). Ves, pues, que rechazaste a Dios Hijo de Dios con ojos blasfemos y pecho profano. Por lo tanto, si lees a Isaías, lees a los profetas, escuchaste frecuentemente que Cristo es Dios: pues así dice, para responderte tanto de la virgen, como del hijo, como tú misma dijiste: "La virgen concebirá y dará a luz un hijo, y se llamará su nombre Emmanuel, que se interpreta, Dios con nosotros" (Isaías VII, 14). Y David dice, "Por eso te ungió Dios, tu Dios" (Salmo XLIV, 8). Y en Génesis así dice: "Y creó Dios al hombre a su imagen" (Génesis I, 27).

LA SINAGOGA respondió: No quiero que las lecturas te lleven a tanto aplauso; pero vuelve a aquello que creo que me será útil. Mira que no recibiste la Ley, ni mereciste la circuncisión, en cuyo signo se segrega la Gentilidad. De ahí que tengo mi signo, y no pierdo la ley que Moisés promulgó.

LA IGLESIA dijo: Testificas que recibiste la ley, pero la ley del Antiguo Testamento: yo, sin embargo, recibí la nueva ley de los Evangelios. Y para que sepas que la antigua fue suprimida por la novedad, lee a Isaías que te dice: "Aquellas cosas viejas pasaron, he aquí que todas son hechas nuevas, ahora brotarán" (Isaías XLIII, 19). Pues lo que dices que recibiste el signo de la circuncisión para la salvación del pueblo, hoy pruebo que tu necedad fue engañada. Si, pues, por la circuncisión se otorgaba la eternidad, ves que recibiste la cabeza, no los pies, y que fuiste truncada de un ojo o de una mano; viviste a medias, y a medias fuiste muerta. Pues si dices que tu pueblo será salvado en el signo de tu pasión, ¿qué harán tus vírgenes, qué harán tus viudas, qué harán incluso las madres de la Sinagoga, si testificas que el signo de la circuncisión ha beneficiado al pueblo para la vida eterna? Por lo tanto, no conviene tener mujeres judías; pues los hombres son circuncidados, pero las mujeres no admiten prepucio: por lo tanto, no pueden ser salvadas, si son salvadas por la circuncisión. Ves, pues, que puedes tener hombres, es decir, judíos circuncidados; pero las mujeres, que no pueden ser circuncidadas, ni judías, ni cristianas, sino que profeso que son paganas. Escucha, te enseño claramente los signos de la circuncisión, que si hubieras podido recibir la circuncisión, nunca habrías caído del reino por prodigio. Mira lo que dice Jeremías: "Así dice el Señor a los hombres de Judá que habitan en Jerusalén, Renovad entre vosotros con novedad, y no sembréis entre espinas: circuncidaos a vuestro Dios, y circuncidad el prepucio de vuestro corazón" (Jeremías IV, 3, 4). Lo que también dice Moisés, a quien tú igualmente seguías, aunque me traía los mandamientos: "Será, dice, en los últimos días, que Dios circuncidará tu corazón, y el corazón de tu simiente para amar al Señor tu Dios" (Deuteronomio XXX, 6). Y el apóstol Pablo dice, "Fuisteis circuncidados con una circuncisión no hecha a mano, no en el despojo de la carne, sino en la circuncisión de Cristo" (Colosenses II, 11). ¿Qué decimos a esto, Sinagoga? He aquí que no se mandaba la circuncisión de la carne, sino del corazón, es decir, que cortaras los vicios del corazón, que cortaras la lujuria, que quitaras la cabeza de la

idolatría, que rasgaras la túnica de la fornicación. Porque dice el profeta, "En la piedra te prostituiste y en la madera" (Jeremías III, 9). Ves, pues, que no recibiste la circuncisión como signo de salvación, sino más bien como signo de vergüenza y deshonra. Pues piensas que es un signo lo que se cubre con vestidura, lo que no se muestra por vergüenza, lo que se reconoce como debido solo a la esposa; porque vi a menudo a tus mujeres condenadas con la cabeza depilada y calva en los asnos. Ciertamente, si es un signo de salvación aquello que violó a la adúltera, que al violar a la virgen la comprimió; la mujer que jugó torpemente con la salvación de la circuncisión no debe ser condenada; ni debe ser castigado aquel que comprimió a la adúltera con el signo salvador de la circuncisión o la rechazó a la muerte. No sé si allí pudo haber sido un signo de salvación, de donde se condenan los delitos cometidos. Pero mi pueblo lleva el signo de la salvación en la frente, defendiendo a todo el hombre, hombres y mujeres, desde la altura del signo, casto desde la libertad pública y sublime.

LA SINAGOGA respondió: Me gustaría aprender dónde recibiste el signo de la frente, o qué profeta cortó ese signo que dices, es decir, el signo de la frente, con el signo de la santificación.

LA IGLESIA dijo: Tienes al profeta Ezequiel, quien exclama desde la presencia de la majestad: "Id y matad, y no perdonéis a vuestros ojos. No tengáis misericordia de los ancianos; jóvenes, vírgenes, niños y mujeres matad hasta la destrucción: pero a todo aquel sobre quien esté escrito el signo en la frente, no toquéis" (Ezequiel IX, 5, 6). El mismo profeta también dice: "Pasa por en medio de Jerusalén, y marcarás un signo sobre la frente de los hombres que gimen y se lamentan por las iniquidades que se hacen en medio de ellos" (Ibid. 4). También en el Apocalipsis: "Vi al Cordero de pie en el monte Sion, y con él ciento cuarenta y cuatro mil, que tenían el nombre de él, y el nombre de su Padre escrito en sus frentes" (Apocalipsis XIV, 1). Ves, pues, el signo que me fue dado, y el emblema de la cruz, que, dejándote a ti y abandonándote, la pasión del Salvador adornó.

LA SINAGOGA respondió: Preguntada sobre el signo de la frente, propusiste el signo de la cruz, como si los antiguos profetas hubieran predicado los emblemas antes de que viniera el Salvador. Y por eso dime, si leíste que Cristo sufriría, y colgaría en la cruz.

LA IGLESIA dijo: Escucha, Sinagoga, y no para que seas enseñada, sino para que seas castigada, atiende la ley, y encontrarás donde el Salvador con las manos extendidas profetizó figurativamente la cruz. Pues así dice Isaías de la persona del Salvador: "Extendí mis manos todo el día a un pueblo rebelde y contradictor, que anduvo por caminos no buenos, sino tras sus pecados" (Isaías LXV, 2). Pues también Jeremías dice: "Venid, pongamos madera en su pan" (Jeremías XI, 19). Y en Deuteronomio, porque usabas el Pentateuco: "Y será, dice, tu vida colgando ante tus ojos día y noche" (Deuteronomio XXVIII, 66). Así también el salmista refiere: "Clamé a ti, Señor; todo el día extendí a ti mis manos" (Salmo LXXXVII, 10). Pues en Números, es decir, en tu Ley, que tú primero recibiste, que Cristo sería suspendido y colgaría en la cruz, así dice: "No como hombre Dios es suspendido, ni como hijo de hombre sufre amenazas" (Números III, 19). Y en otro lugar el profeta dice: "El Señor reinó desde el madero" (Salmo XCV, 10). He aquí los milagros de la pasión, he aquí el espejo de la luz, he aquí las iniquas maquinaciones de tu pueblo, para que suspendieran en la cruz a Dios Hijo de Dios.

LA SINAGOGA respondió: Recuerdo los hechos, y reconozco igualmente las palabras, pero ¿quién eres tú para que parezcas increparme? Tú, rústica, tú alguna vez montañesa, tú ajena a las leyes de Dios, que vivías al estilo gentil: yo me ocupaba en la ley, a mí vinieron los profetas, y me traían mandatos y preceptos.

La IGLESIA dijo: Escucha, Sinagoga, escucha viuda, escucha abandonada: yo soy lo que tú no pudiste ser, yo soy la reina que te destronó, yo soy la esposa que, dejando los ídolos, descendí del bosque y del monte: como dijo tu Patriarca, "He aquí el olor de mi hijo como el olor de un campo lleno que el Señor ha bendecido" (Gén. XXVII, 27). ¿De dónde vienes, virgen con leche, con flores, joven inmaculada, del oscuro bosque, ciudadana sencilla, alegre, vestida con un manto níveo? Mi esposo es más hermoso que los hijos de los hombres, rey de reyes, quien adornó mi cabeza con una mitra y me revistió de púrpura, me recibió al llegar.

La SINAGOGA respondió: ¿Cómo puedes probar que tú también eres esposa, y que Cristo en la Ley aparece como esposo?

La IGLESIA dijo: Si los Profetas hubieran venido principalmente a mí, hoy dirías que ignorabas la Ley, que no tenías Profetas, que no sabías lo que estaba escrito. Reconócete vencida por tus propios Profetas. Escucha, pues, lo que los Profetas han mandado sobre el esposo y la esposa. Así dice el profeta Joel: "Tocad trompeta en Sion, santificad un ayuno, convocad una asamblea, reunid al pueblo, santificad la Iglesia, recibid a los ancianos, reunid a los niños y a los lactantes: salga el esposo de su cámara, y la esposa de su tálamo" (Joel II, 15, 16). Pues estoy segura de que tú eres esa Jerusalén, de la cual tanto el esposo como la esposa, como dice David: "Y él, como esposo que sale de su tálamo, se alegró como un gigante para correr su camino. Desde el extremo del cielo es su salida; y su curso hasta el extremo de él, y no hay quien se esconda de su calor" (Sal. XVIII, 6, 7). Y en el Apocalipsis, Juan dice: "Ven, te mostraré la nueva esposa, la esposa del Cordero. Y me llevó en el espíritu a un monte grande, y me mostró la ciudad santa, Jerusalén, descendiendo del cielo, teniendo la gloria de Dios" (Apoc. XXI, 9-11). Así también dice Juan: "Reinará el Señor Dios Todopoderoso; regocijémonos y alegrémonos, y démosle gloria; porque han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha preparado" (Apoc. XIX, 6, 7). Ves, pues, que tanto esposa como mujer han sido mencionadas en la Ley: esposa, porque prometo devolver la fe al Señor salvador; mujer, porque a través del concepto del Bautismo, con el espíritu como esposo, produciré hijos de mi vientre con el baño que los hace crecer. En este parto de una generación más grata, el espíritu y el alma se unen en sociedad nupcial.

La SINAGOGA respondió: Deseo saber si acaso piensas que he olvidado lo que dijiste, para que parezca que examino todo, ¿qué es lo que afirmas que dijo el Profeta, qué es lo que dice en el Deuteronomio, "Y tu vida estará pendiente ante tus ojos día y noche" (Deut. XXVIII, 66)?

La IGLESIA dijo: No pretendo enseñarte, ni hablar ni expresar; pero para que el silencio no trace una línea de duda: y por esto te convenzo con tu propio Testamento. Pues el Salvador colgó día y noche en la cruz, es decir, el viernes durante el día, y de este día durante la noche hasta el sábado, cuando dijiste que según la Ley no era lícito que un hombre colgara en un madero. Que estas cosas te parezcan dichas por ahora, como lo hiciste: pues para la causa de la verdad, y para el nudo del dogma, contempla lo que decimos: "Y será", dice, "tu vida pendiente ante tus ojos día y noche". En un solo día hubo día y noche. La luz del día fue súbitamente distinguida por la oscuridad nocturna del horror de las tinieblas: como cuando el Salvador fue colgado en el madero, desde la hora sexta del día hasta la hora novena se hicieron tinieblas (Mat. XXVII, 45), la noche quitó la luz, y toda la jornada fue cegada por una oscuridad fúnebre y lúgubre. Ves, pues, que en un solo día hubo tanto día como noche. Con razón por esta misma pasión en el Deuteronomio dice: "Y tu vida estará pendiente ante tus ojos día y noche".

La SINAGOGA respondió: Entonces, si fue colgado en la cruz, si pendió, si fue asesinado, ¿cómo resucitó? ¿Cómo afirmas que vive, que resucitó, y que está sentado en los cielos a la derecha del Padre? Enséñame, pues, si venció a la muerte, si resucitó, quien parece haber sido asesinado: pero de tal manera que lo que me digas, lo asignes de los Profetas.

La IGLESIA dijo: Escucha, desdichada; escucha, infelicísima; escucha, mujer parricida, que aún dudas de la muerte de Cristo, de la resurrección. Lee lo que dijo David en el salmo decimosexto desde la persona del Salvador: "No dejarás mi alma en el infierno, ni permitirás que tu Santo vea corrupción". ¿Quién es el santo, sino Cristo? ¿Quién es incorrupto, sino el Hijo de Dios? Como dice en el salmo vigésimo noveno, "Señor, sacaste mi alma del infierno". También en el salmo tercero, "Yo me dormí, y dormí; y desperté, porque el Señor me sostuvo". Y el mismo David de nuevo desde la persona del Padre al Hijo dice, "Levántate, gloria mía, levántate: me levantaré al amanecer" (Sal. LVI, 9). Pues, "al amanecer", lo que dice, es después del tercer día, habiendo pisoteado la muerte y condenado a los infiernos, resurgirá vivo de entre los muertos, como dice el Profeta: "Por la tarde permanecerá el llanto, y por la mañana la alegría" (Sal. XXIX, 6).

La SINAGOGA respondió: Pregunté otra cosa, y me has introducido otra: sobre la resurrección he conocido, y que venció a los infiernos he aprendido. Pero ya que dijiste que el Señor Salvador resucitó al tercer día, ignoro si eso fue hecho.

La IGLESIA dijo: Sé que lo recuerdas: pero por causa del arrepentimiento no quieres confesar lo que sabes. El error atormenta la conciencia, y el crimen borra la memoria. Escucha, pues, que Cristo resucitó de los infiernos al tercer día para darnos vida. Lee al profeta Oseas, quien dice, "Nos dio vida al tercer día" (Oseas VI, 3). Y en el Deuteronomio dice así: "Dijo el Señor a Moisés, Desciende, y santifica a mi pueblo, santificalos hoy y mañana, y laven su ropa, y estén preparados para el día siguiente", es decir, para el día después de mañana; "pues al tercer día descenderá el Señor en el monte Sinaí" (Éxodo XIX, 10, 11). Y en el Evangelio dice así: "La generación malvada y adúltera pide una señal, y no se le dará señal, sino la señal del profeta Jonás. Porque como Jonás estuvo en el vientre del gran pez tres días y tres noches, así estará el Hijo del hombre tres días y tres noches en el corazón de la tierra" (Mat. XII, 39, 40; Luc. XI, 29, 30).

La SINAGOGA respondió: Reconozco, son verdaderas las cosas que me son narradas con testimonio profético. Ahora deseo saber dónde está, dónde se oculta Cristo, quien resucitó de la tierra: pues quiero ver si después tiene algún poder a través de los Profetas tras la pasión o tras la resurrección. Pues he leído que Elías, el ungido de Dios, vendrá para salvar al pueblo.

La IGLESIA dijo: Entonces, desdichada, lo que no puedes negar, confiesa; y escucha todo lo que la verdad no puede ocultar: toda la libertad de la claridad se extiende hasta los cielos. Lee a Daniel quien dice: "Veía en la visión de la noche, y he aquí en las nubes del cielo como un Hijo de hombre que venía, llegó hasta el Anciano de días, y se presentó ante él, y los que asistían lo ofrecieron. Y le fue dada potestad real, y todos los reyes de la tierra por linaje, y toda la gloria sirviendo a él: y su potestad es eterna, que no será quitada; y su reino eterno, que no será corrompido" (Dan. VII, 13, 14).

La SINAGOGA respondió: No puedo negar que el ungido de Dios, esto es, Cristo, tiene gloria: pero dime esto, si después de haber sufrido, y resucitado, pudo obtener y mantener esta gloria.

La IGLESIA dijo: Lee al profeta Isaías, quien desde la persona del Salvador dice: "Ahora me levantaré, dice el Señor, ahora seré glorificado y exaltado, ahora veréis, ahora entenderéis, ahora os confundiréis, vana será la fortaleza de vuestro Espíritu, el fuego os consumirá" (Isaías XXXIII, 10). Pero también David dice: "Dijo el Señor a mi Señor, Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por escabel de tus pies. El Señor enviará desde Sion la vara de tu poder, y dominarás en medio de tus enemigos" (Sal. CIX, 1, 2).

La SINAGOGA respondió: Entonces es Dios y Hijo de Dios.

La IGLESIA dijo: Por supuesto, necia. Quien nace de hombre, es hombre, así también quien nace de Dios, ciertamente es señalado como Dios.

La SINAGOGA respondió: No creo en afirmaciones, sino que deseo ser convencida por la Ley. No pretendo escucharte a ti, sino a los Profetas.

La IGLESIA dijo: Observa lo que dice el Salmista, y sabrás que el Señor es Dios el Salvador. "Levántese", dice, "Dios, y sean dispersados sus enemigos, y huyan de su presencia los que lo odian. Como se desvanece el humo, desvanézcan, y como se derrite la cera ante el fuego, así perezcan los pecadores ante Dios. Cantad a Dios, cantad salmos a su nombre, preparad camino para él que asciende sobre el ocaso, Señor es su nombre. Él saca a los cautivos con fortaleza, que habitan en los sepulcros" (Sal. LXVII, 2, 3, 5, 7). Y de nuevo el mismo David: "Levántate, Señor, y juzga la tierra, porque tú heredarás en todas las naciones" (Sal. XXXVII, 22). Y en otro lugar: "Dios de dioses, el Señor ha hablado" (Sal. XLIX, 1). Y, "La virgen dará a luz un Hijo, y su nombre será Emmanuel, que interpretado es, Dios con nosotros" (Isaías VI, 9). Y, "Por eso te ungió, Dios, tu Dios" (Sal. XLIV, 8). Tienes, pues, tanto a Dios, como al Señor, y al Rey.

La SINAGOGA respondió: Reconozco a Dios y al Señor; pero deseo que se me pruebe que es Rey.

La IGLESIA dijo: Mujer más necia, si confiesas a Dios, ¿no debes también reconocer al Rey? ¿O acaso puede ser Dios, si no reina? Todo reino yace bajo los pies de Dios; y todo lo que los reinos poseen, lo posee la majestad de Dios. ¿Entonces dudas del Rey, a quien ciertamente reconoces como Dios?

La SINAGOGA respondió: No dudo, pero quiero que se me señale con la verdad en Israel.

La IGLESIA dijo: Lee a David, y encontrarás en el salmo setenta y uno: "Dios, da tu juicio al Rey, y tu justicia al hijo del Rey". Y en el salmo setenta y dos dice: "Dios, nuestro Rey desde la antigüedad, ha obrado la salvación en medio de la tierra". Y en el salmo segundo: "Yo he sido constituido Rey por él sobre Sion, su monte santo, anunciando su imperio". Y en Malaquías dice así: "Yo soy un gran Rey, dice el Señor, y mi nombre será glorificado entre las naciones" (Malaquías I, 14). Y en el salmo noventa y seis: "El Señor ha reinado; regójese la tierra, alégrense muchas islas". Y en otro lugar: "Mi corazón ha emitido una buena palabra, yo digo mis obras al Rey" (Sal. XLIV, 2).

La SINAGOGA respondió: Me has prevenido, no puedo responder nada: no por la afirmación de palabras, sino que por la Ley parezco estar condenada.

La IGLESIA dijo: Pregunta lo que quieras, y yo te convenceré con tu propio Testamento.

La SINAGOGA respondió: Ciertamente dices que no puedes negar que Cristo es Dios de Abraham, Dios de Isaac, y Dios de Jacob. Por supuesto, Abraham fue judío, ¿cómo entonces dices que debo ser condenada?

La IGLESIA dijo: Bien, que ya has comenzado a intercambiar palabras, y a palpar los miembros a través de las curvas de las parábolas. Pues tanto Pedro como Pablo, mis predicadores, fueron judíos, pero dejando a un lado a ti, acudieron a la fuente de la vida y la gracia eterna. Pues Abraham, a quien mencionaste, cuando era pagano y rompía ídolos, así voló a las amistades de la majestad divina, de allí, ya indemne como amigo de Dios, volvió a ti: pero después de ti, a las Naciones, es decir, a nosotros, mandó regresar de nuevo. Pues así dice en el Génesis: "Dijo", dice, "el Señor Dios a Abraham, Sal de tu tierra, y de tu parentela, y de la casa de tu padre, y ve a la tierra que te mostraré; y te haré una gran nación, y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre" (Gén. XII, 1, 2). Ves, pues, el mandato a Abraham, de salir de tu tierra, y de tu parentela, y de la casa de tu padre; y venir a la tierra de las Naciones, y ser príncipe sobre las Naciones, y recibir un gran nombre. Pues también en figura del Salvador bendijo Isaac a Jacob: "Te servirán", dice, "las Naciones, y te adorarán los príncipes, y serás señor de tus hermanos, y te adorarán los hijos de tu madre" (Id. XXVII, 29).

La SINAGOGA respondió: Entonces todos vinieron a ti, y yo, que tuve tantos y tan grandes hijos, y me glorié en la multitud de hijos, ¿soy despreciada como abandonada, que fui madre de pueblos? O si se te ha mandado en la Ley que tengas más hijos, debes probarlo desde la Ley.

La IGLESIA dijo: Ahora te inclinas, ahora te levanta tu antigua rigidez, pronto también te repliegas a la malicia. Dice el Señor: "Ensánchate el lugar de tu tienda, y alarga las cortinas de tus habitaciones, y refuerza tus estacas aún a tu derecha, y extiéndete a tu izquierda: y tu descendencia poseerá las naciones; y habitarás las ciudades desiertas. No temas, porque has sido vencida; ni te avergüences, porque has sido maldecida: porque olvidarás la confusión eterna" (Isaías LIV, 2-4). Fui ciertamente maldecida, cuando seguía ídolos; fui confundida, cuando no conocía los mandatos de la divinidad; fui estéril, porque no tenía el Bautismo, con el cual nutrir a los hijos con el imperio de la majestad: ahora he sido exaltada en hijos, y por el Señor Cristo he recibido reinos eternos. Con razón también en "Βασιλειῶν", es decir, de los Reinos, dice: "La estéril ha dado a luz siete; y la que tenía muchos hijos, ha sido debilitada" (I Reg. II, 5). Y el Apóstol envía cartas a las siete Iglesias (Apoc. II, 11). Y Jacob tomó dos esposas, la mayor Lea, con ojos más débiles, tipo de la Sinagoga; y la menor hermosa Raquel, tipo de la Iglesia: que también permaneció estéril por mucho tiempo, y después dio a luz, y fue bendecida (Gén. XXIX, 23, 28). Con razón dice en el Génesis: "Y el Señor dijo a Rebeca, Dos naciones hay en tu vientre, y dos pueblos se dividirán desde tu vientre; y un pueblo superará al otro, y el mayor servirá al menor" (Id. XXV, 23). También en el profeta Oseas: "Llamaré", dice, "a no pueblo mío, pueblo mío, y a no amada, amada" (Oseas II, 24), etc.